

vechando la presencia de la imagen, Sor Lugarda de Jesús, que estaba parálitica desde hacia tres años, “pidió la llevasen al Coro, saliendo tan bien despachada y con tanta expedición en sus impedidos miembros que, siendo la arpista en las divinas alabanzas, al día siguiente pulsó el arpa”.

La cráticula y la puerta, en este interior, estuvieron cuajadas de reliquias, de las cuales quedan tan sólo las variadas formas de sus agujeros.

El retablo del fondo es una clara muestra de lo que en otra parte he llamado el “barroco republicano”,⁵⁷ es decir, ese barroco que se hace a mediados del siglo XIX, que conserva de su inmediato antecesor y enemigo, el neoclásico, las columnas clásicas y cierto orden académico, pero con una decidida voluntad de adornos, de policromía, de líneas curvas, que vuelve a ser, en gran parte, el barroco del siglo XVIII, nunca olvidado en México. Este retablo, que quiso ser neoclásico, conserva hasta la barroca orla de cresterías de los retablos de Santa Clara.

TERESITAS

Cualquier viajero que conozca a San Luis Potosí, Guadalajara, Guanajuato y aun a Atzacapozaltongo, en el Distrito Federal, y recuerde sus teatros “clásicos” por fuera, con fachadas de solemnes columnas jónicas o corintias y su proporcionado frontón, al llegar a Querétaro y cuando, fortuitamente, vea ante sus ojos un templo griego de seis graves y fortísimas columnas jónicas, exclamará: ¡He aquí el “teatro” de Querétaro! Pero no, es la iglesia de las madres Carmelitas Descalzas.

La hizo, en 1807, don Francisco Eduardo Tresguerras, el célebre arquitecto del Bajío. Malos tiempos eran para el barroco, a quien el neoclásico había expedido su partida de defunción. El neoclásico, digno hijo del Renacimiento (y no del gran Arte Grecorromano, salvo el encuentro de Pompeya) fue, como él, de raíz paganizante y nada amoroso o comprensivo del esplendor católico. Las monjas carmelitas tuvieron que vivir en tres gélidos

⁵⁷ *La ciudad de Cholula y sus iglesias*, por Francisco de la Maza, 1959. Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM. México.

claustros “clásicos”, asistir a un Coro que más bien parece un comedor de casa grande y contemplar una iglesia que semeja un salón de recepciones diplomáticas.

El ejemplo egregio de Coros de Monjas estaba allí, precisamente, en Querétaro, pero Tresguerras, fiel a su época y creyéndose un neoclásico, olvidó las “extravagancias” barrocas y casi convirtió a las monjas en vestales. Visto el Coro desde el presbiterio más bien parece una triple jaula colgada del techo que albergue permanente de las hijas de Santa Teresa, la monja barroca de la Contrarreforma.

Sobre un cornizuelo a la altura de las impostas y apoyado en las paredes laterales del templo, se abre el Coro alto, con tres pequeñas rejas empotradas en arcos de medio punto y divididos por dos pilastras adosadas. Se acabaron las amplias rejas corridas de muro a muro; no hay lugar para el abanico; han sido desterrados los adornos y los símbolos. En el interior conserva su banca corrida, con asientos y respaldo de cuero, apoyada en unos bancos de piedra a modo de ménsulas.

En los muros Tresguerras gozó como pintor. Y su gozo fue muy personal, pues, a pesar de que es lo mejor que dejó su pincel muralista, los cuadros son muy mediocres. En el muro superior a las tres rejas pintó la apoteosis de la Virgen del Carmen, con San Elías a su derecha y San Juan de la Cruz a su izquierda. Como tres figuras son pocas para llenar tan grande espacio (lo que en el barroco hubiera sido el abanico), todo lo demás lo ocupa un desleído paisaje en el que flotan las figuras como fantasmas. En cambio, abajo de este fresco, se esmeró en pintar, con todo detalle, unas bien dibujadas ménsulas clásicas entre las cuales cuelgan festones de flores azules y cortinajes y flecos verdes y amarillos. En el muro frontero, a los lados de una hornacina compuesta de cuatro columnas jónicas y en donde se ostenta una hermosa imagen de bulto de la Virgen de Guadalupe, hay dos frescos referentes a la vida de San Juan de la Cruz, uno que recuerda una tentación del místico carmelitano en el que lo asedian tres pobres diablos con disfraces de animales absurdos y otro en que el santo, de hinojos, mira una cruz con los instrumentos de la pasión que revuelan a su lado. El cuarto fresco recuerda aquellas divinas pláticas entre

San Juan y Santa Teresa a través de las rejas del Coro bajo del convento de Ávila.⁵⁸ Y estas rejas, por cierto, están llenas de púas. Pero ¿no hizo Tresguerras un monasterio para monjas carmelitanas? Entonces, ¿por qué lo que pintó no lo construyó?... “Porque esas rejas con garfios ya no se usan”, nos hubiera contestado si viviera.

De este Coro neoclásico a la liquidación y acabamiento de todos los Coros de monjas no hay más que un paso. No en balde es el último que se construyó en México.

⁵⁸ Fueron copia casi exacta de los grabados del libro *Obras espirituales...* del Beato Juan de la Cruz, impresas en Sevilla en 1703. Véase F. de la Maza, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 29, p. 14, año de 1960.